las comunidades virtuales, sustitutas de los patrones clásicos vinculados especialmente con el territorio y la localidad como elementos referenciales primarios.

La amplitud de los cambios comporta también importantes efectos sobre las actitudes y los aprendizajes. Hace ya algo más de una década que el politólogo italiano, Giovani Sartori, advertía de los efectos que la televisión podía estar generando en los más jóvenes. El elevado consumo que se produce en esta franja de edad, junto con la deriva sensacionalista de los contenidos, llevaba a Sartori a pronosticar la mutación del *homo sapiens* en detrimento de un nuevo *homo videns*, caracterizado por perder la capacidad de abstracción y con ella la capacidad de entender conceptos e ideas. Discutible hipótesis, pero no por ello menos inquietante. Porque, entre otros aspectos, está confirmado que la televisión, como el cine, infatiliza sus contenidos y sustituye la complejidad del texto por la emotividad de la imagen para captar mayor número de seguidores. El resultado es un consumo cada vez más acrítico, lo que a juicio de J. A. Marina podría provocar una renuncia a la elección ética y moral, que en última instancia "nos mantiene alertas, en vuelo, vivos, alejados de la facilidad, el automatismo, la inercia, la rutina de la vida animal".

Internet, en términos generales, sigue la misma estela y sus contenidos se adecuan a esta exigencia de distracción antes que reflexión. La diferencia fundamental es que mientras el televidente se ha hecho cada vez más pasivo a pesar del mando a distancia y de la oferta de canales, el internauta es quien selecciona qué ver o qué leer. Hasta tal punto que son varias las tecnoutopías aparecidas últimamente que auguran una sociedad de individuos libres, autogestionaria y sin poder de regulación, donde cada ciudadano participa e informa en la red de sus inquietudes y necesidades. De ahí el vaticinio del fin del periodista como mediador profesional entre la noticia y la sociedad; o de ahí la muerte de la política tradicional y de sus formas de comunicación frente al "ciberactivismo" que se desarrolla en la blogesfera (De Ugarte, 2007).

En cualquier caso, los alumnos de una universidad como la nuestra no son ajenos a todo este tipo de efectos. Ni tampoco los profesores, necesitados de una comunicación eficaz como premisa básica para ejercer su actividad. El reto, por tanto, es saber cómo una institución como la nuestra, cuya razón de ser es el desarrollo intelectual y la formación de capacidades, puede competir y/o adaptar la pantalla que jalona el devenir cotidiano de todos nosotros.